

ra/intérprete en el conflicto bélico de la antigua Yugoslavia, sobre todo en Bosnia Herzegovina. Tras acotar el contexto histórico de su narración, la autora explica el proceso de reclutamiento de intérpretes y la labor del intérprete de la ONU en esa situación, entre las que se incluían la interpretación susurrada y consecutiva en diferentes contextos.

María Dolores Ortigosa Lorenzo dedica su capítulo («El traductor/intérprete del Ministerio del Interior: ese gran desconocido») al trabajo que realizan los traductores/intérpretes del Ministerio del Interior y se centra en los servicios de la policía en materia de inmigración. La autora hace un recorrido por el proceso de selección de los traductores y los problemas de calidad que a veces conlleva, así como las diversas tareas a las que se enfrenta y las cualidades que debe reunir el intérprete.

Beatriz Soto Aranda dedica su trabajo («Traducción, interpretación e inmigración: pluridisciplinariedad más allá de la traducción jurídica. El caso del árabe») a la inmigración árabe y los cambios sociológicos que han provocado un aumento en la demanda de servicios de traducción e interpretación. En el último apartado de su trabajo habla sobre la competencia traductora, con especial atención en la competencia técnica y pragmática y el conocimiento sociocultural necesario para este trabajo.

David Fernández Vítore resalta en «El griego como lengua minoritaria en España y en la Unión Europea» la política de protección de lenguas regionales y minoritarias que lleva a cabo la UE y la preocupación institucional por la diversidad cultural y lingüística. Señala que la presencia de esta lengua en Europa y España no está determinada por la fuerza de la propia lengua sino por decisión política (p. 255). Analiza sucintamente la adhesión de Grecia a la UE y la incorporación del griego como lengua oficial y expone las perspectivas profesionales para traductores e intérpretes dentro de este marco general.

José María Criado expone en «La interpretación de lengua de signos en España» las similitudes y diferencias entre la interpretación de lengua de signos y la interpretación de lengua oral, así como la importancia de la formación en este campo, el camino de la disciplina hasta la situación actual (con el año 2007 como fecha clave en la que se reconoce oficialmente el uso de la lengua de signos) y las perspectivas de futuro en el reconocimiento laboral de la profesión.

En conclusión, consideramos que la mayoría de los trabajos que se reúnen en este volumen aportan novedosas perspectivas a la traducción y la interpretación, incluidos los trabajos dedicados al sector y la experiencia profesional, a los que apenas se le dedican estudios en obras especializadas, si bien vemos necesario seguir trabajando en ciertos aspectos para completar el aporte de estos estudios.

Sergio RODRÍGUEZ TAPIA

Vv. AA.: *Hijos de Babel. Reflexiones sobre el oficio de traductor en el siglo XXI*. Fórcola Ediciones: Madrid 2013. 175 pp.

El volumen que nos presenta la editorial Fórcola recoge los testimonios de diversos traductores que cuentan sus experiencias personales y sus diferentes puntos de vista sobre el mundo de la traducción. Sus principales herramientas de trabajo son las palabras e intentan reflejar aquí la relación que mantienen con ellas para acercarnos una obra escrita en una lengua extranjera.

El libro se inicia con un prólogo que corre a cargo del director de la colección, Javier Jiménez. Se recogen en él las diferentes visiones del mundo clásico (apoyándose en testimonios de Platón, Parménides y Aristóteles) de los conceptos de unidad y alteridad hasta lle-

gar a la historia de Babel, narrada en el libro del *Génesis* de la Biblia. A partir de aquí, se extrae la conclusión de que la traducción es el medio de acercar las culturas existentes en el mundo a una población con una lengua determinada y cumple, pues, un papel fundamental como medio de comunicación. Tras este relato, el autor se centra en el origen del volumen y hace una comparación de la obra con la música (“Como la ejecución de una pieza musical, la traducción es un acto de interpretación [...]”, p.13). Así, continuando con la metáfora de la música, divide la obra en tres movimientos, como si se tratara de una sinfonía. Haciendo uso, pues, de la metáfora de J. Jiménez, dividiremos de la misma manera las “reflexiones” de cada uno de los autores.

En el *Primer Movimiento*, David Paradela (“La retraducción como caso particular de reedición”, pp. 19-29) afronta el concepto de “retraducción” y sus (malas) definiciones en los diferentes manuales, así como la obligación moral que tiene el traductor de mejorar las versiones anteriores, apoyándose o no en las ya existentes. Ejemplifica estas retraducciones con obras como la *Crítica de la razón pura* de Kant o el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de J. Potocki y critica, con numerosos ejemplos, la falta de explicación por parte de las editoriales de la procedencia del texto original o de datos sobre la nueva versión que la diferencia del resto de traducciones de la misma obra, para que el lector pueda escoger con criterio qué versión comprar, aspecto este en el que incidirán los autores de este *Primer Movimiento*. Seguidamente, Mercedes Cebrián (“La traducción explicada a los anglosajones”, pp. 31-36) defiende la labor del traductor como artesano que moldea un texto con sus herramientas más preciadas, las palabras. Presenta diferentes experiencias personales como traductora de ciertas expresiones, y realiza además una defensa de la necesidad de que en las escuelas haya algún tipo de asignatura que inicie a los jóvenes en el mundo de la traducción. Para cerrar este *Primer Movimiento*, Amelia Pérez (“Pescar el múrice: mi reino sí es de este mundo”, pp. 37-47), a través del concepto “depende”, mueve un relato donde defiende la figura del traductor y su función en el acto de comunicación. Coloca, en un primer momento, la traducción como un acto milagroso aunque, posteriormente, defiende que “su reino sí es de este mundo” (p. 41). Estos tres ensayos centran su atención en la falta de importancia que hoy tiene para el público la figura del traductor y las diferentes visiones de los distintos países de Europa respecto a este hecho.

El *Segundo Movimiento* lo abre Xavier Farré (“Fidelidades y tradiciones: ¿hay una Europa centrorientada de la traducción?”, pp. 49-61), que centra su trabajo en los conceptos de fidelidad al texto original y al ritmo métrico de los poemas originales, así como al modo de trasladarlos a una traducción, rebatiendo las aseveraciones de Baranczak, crítico literario polaco. Eduardo Moga (“Azares y perplejidades de la traducción”, pp. 63-72), a partir de una “autobiografía” en el mundo de la traducción, ofrece algunas de sus impresiones traductológicas como, por ejemplo, la selección de la palabra justa en un título o una expresión, defendiendo también la traducción colectiva como la mejor de todas, así como las pautas que debe seguir una buena traducción. El sexto ensayo corresponde a Paula Caballero (“¿Por qué es importante traducir a los clásicos grecolatinos?”, pp. 73-83), traductora de literatura grecolatina, que presenta las dificultades de traducción de las llamadas “lenguas muertas” y de la aproximación del mundo clásico al nuestro. Concede gran importancia a las notas aclaratorias, para “acercar” la traducción al original, y ensalza la proliferación de versiones de las grandes obras clásicas como la *Odisea* o la *Eneida*, bien en versiones eruditas bien en traducciones más próximas a un público no docto en la Antigüedad Clásica. Rafael Carpintero (“La ‘localización’ del traductor”, pp. 85-92) explica el concepto de “localización” del traductor a partir de la figura del crítico: “si el crítico es consciente de su situación en el mundo (origen, formación, etc.) podrá ser más objetivo en su oficio o, al menos, sabrá que puede estar sometido a ciertos prejuicios culturales” (p.

86), y lo traslada al traductor centrándose en cómo debe enfocar su producción, si hacia el lector o hacia el texto. En el siguiente ensayo, Eduardo Iriarte (“La mirada poliédrica: la traducción literaria como disciplina creativa por derecho propio”, pp. 93-99) tiene como idea fundamental que el traductor debe “perder el miedo al texto original sin perderle nunca el respeto” (p. 95) y adentrarse en la obra aunque no alcance todos los significados que esta contiene. El penúltimo ensayo de este *Segundo Movimiento* es el correspondiente a Juan Arnau (“Geografías de lo intraducible: biografía, identidad y posición”, pp. 101-110), que analiza el mundo de la traducción desde el punto de vista de la filosofía del lenguaje y la capacidad de este para revelar pero, a su vez, también para ocultar y ayudar a proteger su cultura frente a una comunidad exterior. Cierra Juan Arnau su reflexión con un breve relato, realmente interesante, construido con frases hechas, imposibles casi de extrapolar a una lengua extranjera. Martín López-Vega (“Sincronizar los relojes: traducción, traducción indirecta y versión”, pp. 111-126) se encarga de poner fin a este *Segundo Movimiento* con una defensa de la traducción indirecta, despreciada en los tiempos actuales, y presenta una tipología en dos apartados, marcando también una serie de pautas de cómo se debe traducir un texto literario, como ya hiciera Eduardo Moga. Presenta una serie de fragmentos de traducciones indirectas, como algunos poemas de Víctor Botas, y cierra el ensayo con unas interesantes reflexiones sobre la escritura y la traducción.

El *Tercer Movimiento*, que cierra este volumen de reflexiones personales, comienza con una profunda visión a propósito de Louis Wolsfon (se traen a colación numerosos ejemplos de traducciones inventadas de este estudiante norteamericano) a cargo de Lucía Sesma (“Louis Wolsfon: El desafío de la traducción ante el fracaso del lenguaje”, pp. 127-136), coordinadora de los servicios editoriales Aliar. Se muestran también las diferencias de significado que conlleva el sintagma “lengua madre” y lo ejemplifica con diversos autores y el cambio de lengua en sus obras. Finaliza su ensayo con la siguiente consideración: “un traductor es un estudiante de uno o varios idiomas, y no deja nunca de serlo” (p. 136). Pablo Sanguinetti (“La doble invisibilidad del periodista-traductor”, pp. 137-145) alude a su labor de periodista-traductor y se basa en una serie de títulos periodísticos de actualidad para poner de manifiesto la ardua y difícil tarea a la que se enfrentan estos traductores, para los que “traducir correctamente el significado es el menor de los desafíos” (p. 141). Les disculpa el hecho de que haya numerosas faltas e incorrecciones en las noticias, debido a la rapidez a la que se ven sometidos para que la noticia vea la luz con la mayor prontitud posible. Berta Vías Mahou (“Escuela de Traductores Benjamenta”, pp. 147-155) toma como punto de partida dos autores que ella misma ha traducido: Robert Walser y Gertrud Kolmar. Estos dos escritores y la trama que desarrollan en sus obras inspiran a Berta Vías para el título de su ensayo, enfocado a las críticas y a la sumisión del traductor. Se termina la pieza musical con el último ensayo del *Tercer Movimiento*. Marina Bornas (“La traducción audiovisual: el arte de pasar desapercibido”, pp. 157-164) es la encargada de cerrar el libro con un capítulo dedicado a la traducción audiovisual en el que explica las diferentes técnicas que se deben emplear en las diversas modalidades, tales como los subtítulos o la traducción de documentales. Subraya, al finalizar su ensayo, la importancia de que el traductor sepa implicarse con el argumento que debe traducir para que se cometan los menores errores posibles y que la traducción no “chirrie”.

Cada pequeño ensayo está enfocado a las experiencias personales de los traductores, pero en su conjunto se pueden extraer numerosas, y valiosas, ideas de carácter general que a buen seguro nos ayudarán a entender mejor el mundo de los traductores en el siglo XXI: sus problemas, sus teorías sobre cuál es la mejor traducción, sus preocupaciones frente a los textos, etc.

Iván LÓPEZ MARTÍN